

MASCOTISMO Y SOJIZACIÓN DE LA SARTÉN A LAS BRASAS

Alejandro Larriera

El mascotismo de animales silvestres es una de las actividades humanas que más encontradas pasiones despierta, ya que mientras quienes lo critican y denostan lo hacen con pasión y desprecio, quiénes lo practican o simplemente viven de él, no sólo lo defienden acaloradamente, sino que además lo recomiendan a todo el mundo. Un lorito en un aro, o un mono con una correa en la cintura pueden parecer simpáticos o enternecedores, pero tienen una historia por detrás que haría morir de vergüenza y culpa a cualquiera de sus irregulares dueños. La vez pasada escuché que se comparaba a la política con las morcillas, y creo que también se aplica al negocio de las mascotas. Repitiendo esa comparación, digamos que las mascotas silvestres (como las morcillas), a casi todo el mundo les gustan, hasta que ven como se preparan.

A pesar de esto, me gustaría hacer algunas reflexiones para poner las cosas en contexto, y sobretodo para compartir con ustedes esa dualidad de emociones, con respecto a un tema que desde el punto de vista de la conservación en serio tiene muy poca importancia, o "no mueve la aguja", como dicen los chicos, pero sí tiene una gran carga de sentimentalismo, tanto a favor como en contra.

Desde hace muchos años, cada 30 o 60 días hago el trayecto de la ruta 11 hacia el norte, en los últimos tiempos a la Provincia de Formosa, pero antes al Chaco y a Paraguay. El hecho es que "la once" me resulta muy familiar en todo su recorrido, y la he visto cambiar paulatinamente durante los últimos, digamos 30 años. Lo que pasa es que como ocurre con nuestros chicos, por tenerlos al lado

todos los días, casi no nos damos cuenta de los cambios, hasta que un día les entran nuestros zapatos.


El tema es que antaño, cuando uno hacía el viaje hacia el norte, primero dejaba atrás la zona de quintas de la ciudad, luego pasaba varios tambos lecheros con las vacas holando y algunos novillos con carne tipo Brahman, que son esos bichos enormes con joroba. Mucho monte a partir de Vera, algunas cañadas, palmeras y algo de sorgo y maíz llegando a Reconquista, y a partir de allí, mucha caña de azúcar y algodón, principalmente desde Villa Ocampo hasta entrar al Chaco, dónde el monte empezaba a dominar nuevamente prácticamente hasta Resistencia con palmares intercalados.

La cosa es que ya por entonces, y hablo de finales de los 70 y principios de los 80, tanto mis comentarios como los de la mayoría de la gente que eventualmente recorría la ruta 11, al momento de puntualizar algo llamativo, y generalmente indignante del viaje, se referían a esa especie de "limbo" geográfico que existe entre el paralelo 28, que es nuestro límite interprovincial con Chaco, y Basail, la primera localidad de esa Provincia. En esa zona, y sin dudas con la protección o indiferencia de las autoridades chaqueñas, siempre había tres o cuatro familias ofreciendo al costado de la ruta, tanto "pajaritos", como monitos a los viajeros y eventuales compradores.

Siempre nos referimos a esa gente, que ofrece los monitos balanceándolos por la cola, luego de haberlos sacado de su ambiente, en algunos casos matando

a la madre, como a unos degenerados, delincuentes y lacras sociales que se aprovechan de los indefensos y lucran con el dolor y el sufrimiento de los animales. Casi en la misma categoría ubicamos a los que venden tordos y cardenales, pero probablemente porque las aves no se nos parecen tanto, no los consideramos tan pero tan atorrantes como a los anteriores.

La cuestión es que mi primer contacto con estos delincuentes, en el sentido estrictamente legal del término, fue en el año 1978, y por referencias de otra gente, ya estaban allí desde unas tres décadas antes. Los seguí viendo a lo largo de los años tanto a ellos como a sus hijos, y los sigo viendo ahora. La semana pasada estaban, y ya son probablemente los hijos de los hijos, revoleando dos monitos carayá y un par de jaulas con pajaritos.



¿No somos un poco nosotros también unos monitos, en este caso sin cola, pero casi igual de ignorantes de la realidad que nos rodea, y siempre expuestos a que alguien nos cace, revolee y venda al primer postor?



Foto: Alba Imhof

Mi objetivo acá no es sólo relatar lo triste de esta situación, sino meterme en un aspecto un poco más inquietante y lo reconozco, total y absolutamente “políticamente incorrecto”.

Por supuesto me produjo la misma sensación de rechazo e impotencia, que hay que reconocer que es la que mueve a mucha gente a parar y comprar el animalito “para que no sufra”, así luego lo dona a algún zoológico, o se lo regala a algún amigo al que “le gustan los animales”. Parece mentira que no se den cuenta de que básicamente son el principal usuario del negocio, ya que mono vendido es mono vendido, no importa si por lástima o por snobismo, pero el vendedor inmediatamente se da vuelta y va a buscar (¿cazar?) otro, porque se siguen vendiendo.

Soy profesor en la Universidad, y mi cátedra es “Manejo de Fauna y Flora”.

Según lo que enseñé a mis alumnos, e independientemente de las consideraciones legales, decimos que “una actividad es sostenible cuando puede realizarse de la misma manera por tiempo indefinido”, y por doloroso que resulte, tanto por referencias históricas, como por experiencia personal, durante los últimos 60 o 70 años, esta actividad de vender monos y pajaritos, absolutamente condenable, en base a nuestra definición, se ha desarrollado de manera sustentable en esa zona de las inmediaciones de Basail, mientras que en todo el resto del recorrido hemos visto que en el mismo período desaparecieron tanto los montes originales, con la pérdida de fauna y flora que eso significa, como las economías regionales, que eran por lejos las principales tomadoras de mano de obra en el norte.

Espero que se entienda que no estoy defendiendo a esos cazadores furtivos, o no tan furtivos, ya que trabajan desde

siempre a la vista de las autoridades, sino que me gustaría que pensemos un poquito más en que mientras criticamos (con razón, cierto), a quiénes sostienen un monito por la cola en un tramo de 5 km de la ruta, omitimos la dramática simplificación del paisaje en los 600 km restantes, en donde los desmontes, la erosión y la soja, han condenado prácticamente a un museo a los algarrobos, al algodón, la caña y la ganadería familiar, e incluso a los monos y traficantes de fauna que allí hubo.

Volviendo a la definición de sustentabilidad, cuando la producción de soja termine en esos suelos empobrecidos, ya que claramente no es sustentable y no puede continuar por tiempo indefinido, ¿qué nos va a quedar además de un desierto lamentable?

Probablemente a la actividad de venta de monos y pajaritos en la ruta 11 le está quedando muy poco tiempo de vida, pero lamentablemente eso no ocurrirá porque la policía finalmente va a hacer su trabajo, o porque los cazadores furtivos van a terminar definitivamente con los animales.

La caza furtiva va a desaparecer simplemente porque la soja, o el maíz RR que se viene, más temprano que tarde, se va a llevar ese pedacito de monte también, así como lo hizo en los otros más de 600 km de la once, y de buena parte de las rutas del país. De esta manera dejaremos de ver el lamentable espectáculo de los monitos agarrados de la cola por los cazadores, claro que tampoco veremos ningún otro animal, ni bosque, ni sombra, ni gente. Sólo una prolija alfombra verde con la que alguien se hará un poco más rico, mientras sigue protestando por las retenciones.